

COLABORACION

EN DERREDOR DE LA ORATORIA

(NOTAS INCOHERENTES) (1)

La oratoria, señores, es el arte de hablar en público para los demás. Hé aquí una definición como otra cualquiera, consta de género próximo, última diferencia, comprende á todo y sólo al predicado, etc. etc.

La palabra *oratoria*, que es latina (V. el diccionario de Valbuena) se traduce al griego *retórica* y al castellano *habladuría*, la una romana, helénica la segunda y española la tercera. Puede consultarse cualquier libro de texto, que será el peor siempre.

El análisis nos da en todo discurso un discurrir y un público discurrente: algunas veces una cosa discurreda.

El hablador insigne ha de ser de otra madera que los demás habladores. Si dice lo que todos como todos lo dicen, es el canto de un corista; si lo que nadie piensa como nadie se expresa, su canto podrá ser hermoso, pero como una melodía de Beethoven en un público de hotentotes. Precisa ser más vulgar que el vulgo, trivialidad comprimida. *Si vis me flere*, etc., que quiere decir: si quieres gustar á la masa sé masa comprimida.

Hay dos modos de hacerse oír: ó cantando con el coro que nos sirve de acompañamiento, ó desafinando en el conjunto. Para hacernos oír con el coro no tienen brío nuestras almas tísticas. Desafinar?!... por desgracia ó por fortuna son tantos hoy los que desafinan, que sólo se oye la enorme é inarmónica cencerreda universal.

Inarmónica al pronto y de cerca, que hecho el oído á ella, si nos alejamos se empieza á percibir una melodía suavísima y tierna acompañada con bombo filosófico, clarinetes políticos y timbales literarios. Los neos creen que la sinfonía del siglo es un desbarajuste; si tuvieran buen oído gustarían en ella una melodía honda y vaga que empieza en la tierra y no concluye. Vuelvo á la oratoria.

Si se mezclaran todos los hombres en un pucherete al fuego y se les fundiera en uno, aparecería un bicho en que se cubicaría en potencia indefinida todo lo idiota del hombre, el *homo sapiens* tal como le describe el Buffón de los niños, un figurín. Formarían los rasgos personales una amalgama monstruosa, lo personal se pulverizaría, lo común haría masa; un inmenso molde frío lleno del humo de conceptos etéreos nadando en un mar turbio de sentimientos muertos y de instintos brutos; un polichinela en quien el amor y la gula se equilibrarían: un disparate completo. De vivo allí nada más que los hermosos instintos brutos que rechupa y empobrece el moho parásito de la *civilidad*. Allí la razón impersonal, á la que llaman sentido común y no es más que el mar sin fondo de la trivialidad, la nota musical de un piano en que se tocan todas las teclas á un tiempo.

Para caer en gracia, hay que largar las insulseces del sentido común en forma común.

Sobre todo la forma. La más gustada es la impersonal y muerta; aquel amontonamiento de frases de todo el mundo, de giros de todas las gacetillas, de metáforas digeridas, absorbidas y escretadas mil veces, que hueien á detritus; de todo lo que como en fuerza de rodar ha perdido las puntas, ya no choca y sale como entra, pronto y sin dejar rastro; es decir, no entra, rebota. Baño tibio porque las duchas nos tronchan; ni tenemos vigor ni salud de alma para desarlo; moriremos de inapetencia ricos, que es peor que morir de hambre, pobres.

(1) No serán otra cosa para quien las lea. Ya no deben escribirse más libros porque hay de sobra, sino acotarles al margen y tacharles las tres cuartas partes.—N. del A.

Cuando un hablador en público arranca en un período, enzarza incisos, enmadeja frases, ensarta metáforas, sube el tono y acaba el período haciendo girar la mano de *incuba á incubita* con el gesto de un hombre que recoge en el aire una pelota que cae, el público rompe en un aplauso que por ser de todos no lleva el calor de nadie. Si es un orador que siente y á quien hace hablar la pasión, que grita sin ajustar su grito al diapason normal, que corta la frase cuando el corazón le oprime el pecho, que ríe y llora, es posible que cada oyente se sienta vibrar al unísono; pero el público se calla porque es cosa fea que un hombre se imponga á la masa. Yo orador, me envanecería más de hacer llorar á un oyente que de obtener los aplausos de todos. Cada hombre que compone el público puede tener corazón y gusto; pero el público no los tiene; los hombres se reúnen fuera de su casa para hacer ó decir tonterías.

¡Cómo se le agita el pecho á quien le tiene al oír en un teatro quejarse de la sociedad vil á una mendiga que pide en verso! Pero una mendiga en prosa da náuseas. ¡Oh poder del arte, que embelleces todo menos lo feo, que es lo que necesita embellecerse! ¡Oh corazón y oh narices!

Hay que ^{oír} hoy la oratoria épica de todos los oradores extraarchipésimos que pasan por buenos, pozos infinitamente profundos, sin fondo, de insignificancia é incolorismo.

¡Oigo decir: Fulano habla bien. ¡Se acabó ya me formo mala idea de Fulano. Llegará día, si esto no cambia, en que buen orador equivaldrá á buen hombre.

En un centro que tiene un salón mucho mayor que la Biblioteca, he oído cortarle á aplausos la oración tres ó cuatro veces á un orador torrente, mónstruo de vulgaridad, almacén de flores secas; y al día siguiente oí á otro que hablaba sin haberse anunciado, de carne y hueso, de corazón musculoso y cerebro gris y blanco, brioso, con su saquillo de lágrimas, en el armario su alma, y el mayor elogio que de él hacían era concederle ingenio. ¡Ingenio! Los que llevan en la mollera la tabla de reducciones se lo conceden á los que reducen sin necesidad de tabla.

¡Misterios de narigudos descorazonados tan hondos como los misterios de los desnarigados con corazón!

Hace falta una avalancha de aire fresco que mate á las plantas de estufa, despierte á los pinos y dé salud al rosal silvestre.

Nuestro pueblo tiene sobra de palabras, ha gastado las ideas, y le quedan sus andrajos como al hombre el musculillo para mover la oreja que no la mueve, ó á las culebras las apófisis de las piernas.

La oratoria superabundante entusiasma hasta á los albañiles que van al paraíso del Español.

Esto se ve mejor viniendo de un pueblo pobre en palabras á este, pródigo en ellas.

«Es, señores, un decaimiento, una atonía, un marasmo, un...» y sigue dándole al organillo. ¡Oh qué idioma más ricol! Sin duda; es más rica en ruidos una cencerreda de latas, almirces, zamponas, rabeles, pitos, cencerros, campanillas, carracas y matracas, que la pobrísima melodía de una flauta.

¿Quién no ve la diferencia de esta frase:

«Le quería como madre al hijo» vulgar, ramplona, á esta otra?

«Le quería, le amaba, le adoraba más, señores, mucho más que una madre amantísima y cariñosa que abriga en su regazo dulce al idolatrado fruto de sus entrañas...»

«La libertad, ese don sublime, esa aura vital...» etc.»

Yo estudié en una retórica que aconsejaba para decir que la muerte se traga á todos, que se diga que «la páida guadaña de la muerte lo mismo siega en la pajiza choza del pobre que en el marmóreo palacio del opulento.»



Se ríen todos de esta monserga, pero no se oye otra cosa; y sin llegar al colmo de estas frases gastamos una oratoria como el sombrero de copa, de forma fija, peludo y en el que cabe más aire.

Sería cosa de oír el grito de un orador á quien picase una abeja cuando hablara del dolor.

La educación nos prohíbe el insulto y bien prohibido está, pero es donde más elocuencia brota; en las palabras mezcladas con hiel que escupe al vencedor el vencido.

Pero no exageremos, señores, no exageremos... D. O.

¿A dónde iríamos á parar dejando brotar el torrente de palabras que la pasión empuja? Hay que contenerse y ser razonables; los tontos llaman á la prudencia miedo.

No puede haber oradores porque somos como huecos de ventana, de la forma que nos da el marco; nos traen al mundo, caemos en un sitio y buscamos el nivel. Si el suelo es poroso nos absorba. No tienen carácter más que los maniacos, los hombres pedrusco y las gentes gasificadas que se enrarecen en la atmósfera. En la lucha por el carácter los débiles han muerto, los fuertes se han hecho manías.

No hay sangre, ni músculos, ni rabia cuando nos pegan, ni siente nadie ganas de ir á un prado á retozar y hacer santas borricadas como los animalitos. Estamos inflados de formalidad, la formalidad de pantalón sin rodilleras y cuello de pato.

La ciencia no puede tener más oratoria que la de la fuente de verdad; dejar que ésta salga como sube á los labios. Hacer períodos sobre los cefalópodos, la patria potestad ó la bovina eléctrica, es poner en música la ley de Enjuiciamiento civil.

La ciencia no necesita abalorios retóricos ni cascabeles dialécticos. Todos los charlatanes se entusiasman al decir que el calor y el movimiento son convertibles.

«Es así que...» «luego...» «síguese de aquí...» «ahora bien...» «queda evidentemente demostrado,» es decir, esto es un gallo; todos estos son andrajos escolásticos, propios de gente que quiere tragar una solución y no robustecerse con la gimnasia de la indagación. El tragar infla y cria panza intelectual.

Acaba el orador su discurso... «¿Qué ha dicho?» No, qué ha dicho, no; sino «¿qué me ha hecho pensar?»

«¡Oh! eso conduce al...ismo!» A la palabra conjuro todos los tontos creen que deben asustarse, se miran, y al verse juntos se asustan.

El entusiasmo en frío es cosa de clown; la sequedad afectada prueba que no se ama la verdad, no se la calienta en el corazón, que se barajan conceptos como quien juega al ajedrez.

Pasa por aptitud científica un espíritu ratonil, inquisitorial, sutilizador de chinchorrías verbales, útil para descifrar logogritos, fuente del casuismo, espíritu que desde el púlpito somete Dios por frío y geométrico al martirio del argumento cosmológico y metafísico.

La oratoria sagrada agoniza si no se transforma, los predicadores la traman en sermones con tesis contra herejes y no contra bandidos, les preocupa más la fórmula que la vida, desconocen que lo que hace falta es calor y que no es la luz eléctrica la que más calienta.

La religión ya no puede expresarse más que en verso; un predicador que no sea poeta, no puede ser buen orador; y á un poeta la teología le arruga el alma.

Descartemos del público de sermones á las viejas, los chiquillos y á todos los pobres de espíritu (bienaventurados!) para quienes no es la oratoria de este mundo, sino la muda armonía (sin h) de las esferas celestiales; tomemos la gente religiosa que cree (porque la hay que no cree.) Mezclad la fe de todos, amasad bien el compuesto y en el fondo se hallará un sentimiento vivo, común á toda alma honrada, crea ó no; aquella melodía dulcísima que decía antes brofa de la encerrada del siglo. En el fon-

do se halla esto; en la superficie el andrajo de que se viste el sentimiento vivo, tantos colores como individuos, un lío descomunal, caos de ideas contradictorias, una mezcla de conceptos que al chocar entre sí se desvanecen como pompas de jabón, todo ello sin más uniformidad que la que reciben de la fórmula, de la gorrilla del uniforme. De todo esto, ¿qué sa-

cará el orador sagrado? El sentimiento se canta, no se dice; la idea no es más que el caparazón de cualquier invertebrado en unos, un dermato esqueleto seco y duro que aprisiona á lo vivo; el esqueleto de un vertebrado en otros, un núcleo que se viste de vida; en todos un andamiaje sin sangre, ni fibras, ni calor.

Cuando los oradores sagrados tienen su chispita poética, se lucen con temas de melodrama, pintura del remordimiento, ó con chicleos.

Desde que el *ergo* ha escalado el púlpito y se ha hecho único dueño de él, desde que las homilias se han convertido en conferencias, nadie concibe al de Asís hablando al aire libre á las brisas, al cielo, á la tierra, á los pájaros, á los ángeles y á los hombres.

Es muy curiosa la declamación de los discursos, aparato para hipnotizar al público. Se empieza bajo, se sube, se pasea, se dan puñetazos, todo lo que hacen todos y nada de lo que hace uno.

El orador debía desnudarse para hablar. Desnudos los hombres, los elegantes aparecerían como el marqués del guinapo á la moda.

A los buenos oradores les brotan las ideas calientes del horno; los malos las van tejiendo y estucando según salen de la boca.

¡Oh dioses inmortales! empieza cualquier tirada de cualquier personaje de cualquier drama de cualquier pseudo-clásico francés malo: «Grande, grandísima es, señores, la emoción que embarga mi ánimo... etc.» Así ó de otro modo menos vulgar, empieza cualquier orador su exordio.

¡El exordio! Algo como las cortesías de dos negros que se encuentran, la flor de la urbanidad.

Los personajes de Shakespeare hablan en tanto á pedazos y á gritos.

La oratoria es hoy la expresión de la hipocresía; el orador un cacho de la masa protoplásmica de nuestra sociedad, que no llegará á organismo mientras nosotros no lleguemos á células. El orador no es Fulano, hijo de Zutano; es un individuo A, especie B, género C, etc.

Ya no queda más oratoria que la del enamorado á su querida durante la noche, que calla y no aplaude, oratoria á gritos entrecortados; la oratoria terrible que recogen de noche las almohadas del vencido en la lucha por la vida, empapadas de lágrimas; las improvisaciones pletóricas de un eterno pretendiente á cualquier destino en la mesa de un café, donde muerde á toda eminencia consagrada.

La oratoria épica que se manifestaba al aire libre, murió con la epopeya que cantaban los rapsodas; al encerrarse en recinto cerrado, se achica, se condensa y se empequeñece. La oratoria, lo mismo que la forma poética y el bazo, está llamada á desaparecer en su forma tradicional.

Escribe un hombre cartas á su novia ó á sus amigos, llenas de brío, de hermosura limpia, y este mismo da la lata al público con sandeces incoloras. El público mata y su presencia évenena. Para abrirse paso hay que entrar en él como conquistador ó como esclavo, y una y otra cosa cuestan mucha amargura.

Habla uno bien entre sus amigos; va á hablar en público, va muchos viejos que le oyen y le ven mozo, muchas caras que no le dicen nada, se reconcentra y suelta la espuma del alma. Si ésta sale á borbotones en bonitas pompas y globos irisados, una lluvia de aplausos baña el corazón del orador; pero si vierte unas gotas del jugo generoso de su pecho, la espuma baja, gustan acaso algunos de la exquisita esencia, los secos nada sienten y el año-



19
✓

152/13

SIGUE DEL
1-26



nimo público, la espuma de todos, no ve nada y calla. A las veces es el licor muy fuerte, no lo resisten todos, les corre la cáscara, sienten el dolor de ver al desnudo sus almas anémicas, reciben el frío bruto que robustece á los pinos y mata á las plantas de estufa, protestan y ahogan la voz del orador.

Hay muchos espíritus que no son más que poliedros de cristal esmerilado, bien tallados á escuadra y regla en las escuelas, simétricos, que reflejan y atenúan la luz.

Entre el gusto vivo individual y la fórmula tradicional del gusto transmitido, del oficial, hay discordancia; el aplauso del público no es la resultante de la emoción de cada uno.

Hay algo que por rutina é inercia creemos deber admitir y en el fondo rechazamos.

Así es que veinte hombres declaran á una misma mujer menos hermosa que otra porque no guarda tan bien las proporciones estatuarías del cañón tradicional, y los veinte añaden: «pero nos gusta más.» Esto es, porque en realidad es más guapa. Cualquiera costurerilla, vivaracha y graciosa, vale más que la sosísima Venus olímpica, tan insustancial como un gran discurso.

MIGUEL UNAMUNO.
de

UNIVERSIDAD
AMANCA
GREDOS.USAL.ES